

LA IMAGEN DEL ALCALDE

EN la mentalidad española se ha desgastado considerablemente la fuerza mítica que tuvo la figura del alcalde. Hay toda una época del teatro español del XVII en la que la vara del alcalde tiene un símbolo predominante. El teatro, en ese momento, representaba, por una parte, una serie de vivencias populares, pero era, sobre todo, un instrumento de propaganda del poder —un equivalente de la televisión— por el que se quería instaurar una determinada política: en este caso, una especie de iluminación del poder real sobre los alcaldes y sus concejales para que éstos, a su vez, se enfrentaran con el poder feudal y acelerasen el proceso de disminución y de decadencia de la aristocracia. La idea de que el poder —y su símbolo atributo: el honor, como en "El alcalde de Zalamea", de Calderón— pudiera ser ejercido por el trabajador agrario —apenas había otro en España— tenía un valor positivo y práctico. La imagen nunca pasó en la realidad de una ensoñación de democracia natural: sucesivas ordenanzas y leyes de administración local fueron recordando siempre los poderes del municipio, la aparición en él de fuerzas —reales o morales— sostenidas desde la Administración Central, y el personaje ibérico y omnipotente del cacique encarcelaron al alcalde y sus concejales. La idea de democracia natural, orgánica, iba a dar al municipio su peor resalte posible: el fascista. Se había dado en la gran idea de lo "natural", una idea que siendo falsa, o por lo menos inescrutable (¿con qué atributos, con qué sentido de la organización, con qué nexos sociales, con qué idea de la disciplina general ha nacido el hombre?, ¿qué puede ser innato, qué adquirido?), servía para oponerse a lo "artificial": siempre en el sentido conveniente al poder. Se determinó que el municipio era un valor "natural": son "relaciones de necesidad", según García Oviedo; se cita a Aristóteles diciendo que el municipio deriva, como la familia, de la Naturaleza. Sólo falta añadirle a la idea aristotélica la del sindicato —el gremio, la relación de trabajadores de un mismo ramo— y tendremos la definición de sociedad que propuso Mussolini y la que heredó y amplió Franco. Familia, municipio, sindicato: un orden natural, unas células "básicas". Lo artificial eran los partidos políticos, las asambleas, las asociaciones. Para que todo ello funcionase en el sentido previsto, la familia tenía que tener un orden jerárquico y cerrado conveniente (el padre como "cabeza", único con derecho a voto dentro de las posibilidades o conveniencias; la madre, los hijos, en sus respectivos roles prefijados), el sindicato debía ser "vertical" y el municipio designado o, en un estadio posterior, semielecto, pero con el alcalde nombrado.

CON esta idea del alcalde ha ido viviendo el español. Una idea ambivalente, entre los rasgos heroicos del teatro del Siglo de Oro y la representación del caciquismo y del poder arbitrario —el castellano mantiene viva la palabra "alcalde" como signo de abuso del poder, de arbitrariedad, de atropello—, al que se sumaba una noción del alcalde como ocupante por derecho de guerra, como representante de una clase vencedora en una guerra civil que se sintió como lucha de clases. Esa forma de poder todavía dura. Estas que se aproximan ya son las primeras elecciones municipales dentro de un régimen democrático, que funcionan plenamente desde las del 12 de abril de 1931 (*), que también suman su mitología propia a esta selección psicológica que hace cada ciudadano a la hora de votar, o en la preparación de su voto: aquellas elecciones municipales produjeron la República dos días después —el 14 de abril— y parecían como una respuesta a otra obra con título propagandístico emitida en el Siglo de Oro: el mejor alcalde, la República. Nos acercamos a las urnas con un revoltillo de imágenes, de fantasmas, de ensoñaciones o de rechazos que difícilmente nos van a permitir elegir con la claridad necesaria. Sobre todo, por la politización necesaria e inevitable de la cuestión. Son esencialmente los partidos políticos los que

presentan sus candidatos. A un mes de distancia de las elecciones generales, las municipales aparecen a unos como una revancha, a otros como una confirmación de la división de la opinión pública. Ciertas debilidades, ciertas cesiones de la izquierda se traspasan al plano municipal; como cierto triunfalismo, cierta sensación de seguridad que da la derecha y que se le ha multiplicado por la consecución de una mayoría parlamentaria.

HAY, por otra parte, dos maneras de acercarse a las urnas municipales. Una es la de las grandes ciudades, donde los candidatos son más o menos lejanos aún, como los diputados, y donde la personalización de la campaña no les ha aproximado suficientemente. Otras, las de la inmensa España rural, donde los vecinos sí se conocen y saben perfectamente a quién votar y por qué lo votan. Pero, por otra parte, son los municipios más sometidos a presiones: funcionan las "fuerzas vivas", están presentes el cacique, los personajes, los dadores de bienes y los que pueden privar de ellos; la vieja desconfianza del español por quien tiene dinero y por quien tiene fuerza, desconfianza que el embrión de democracia no ha conseguido —ni apenas lo ha intentado todavía— borrar. Por eso no sería extraño que cuando analistas de votos realicen sus cuadros y sus mapas nos encontremos que la España rural, que parece la más necesitada de una justicia social nueva y de una recuperación en sus manos propias de aquello que es su necesidad más inmediata, haya podido votar, contradictoriamente, a las fuerzas más conservadoras.

SI al español en general se le pidiera que hiciese un retrato robot del alcalde y de los concejales que desea, nos encontraríamos con esta mezcla de buen vecino, de hombre enérgico capaz de enfrentarse con el poder central —con el gobernador, con el presidente de la Diputación...— que pudo ser un Pedro Crespo; con alguien capaz de luchar por el agua y la electricidad, por los bosques y los ganados comunales, por las peculiaridades y diferenciaciones de cada pueblo —que cada uno las tiene—. Se pediría la honradez, la energía, la voluntad, la abnegación. No es extraño que cada campaña electoral haya acentuado su fuerza precisamente en estas virtudes: su forma abstracta de hacerlo quizá no haya penetrado suficientemente en el inconsciente colectivo como para que éste saque de su barro la figura de un hombre. Se pediría un programa municipal concreto: en las grandes ciudades ha sido más fácil realizarlo, aunque la verdad es que tampoco difieren mucho los de unos y otros candidatos. En los pueblos no ha



La campaña electoral se ha ido haciendo abstracta, y lo que debía ser una proximidad del hombre con el poder inmediato se ha vuelto a bipolarizar en el sentido derechas-izquierdas. En la foto, Sauquillo, Tamames y Tierno, tres candidatos a esa "proximidad".

(*) En 1933 hubo las elecciones complementarias en los llamados "burgos podridos"; es decir, aquellos Ayuntamientos donde no se celebraron en 1931.

OTRA VEZ EL MIEDO



El español ha ido viviendo con una idea del alcalde que oscila entre los rasgos heroicos del teatro del siglo de oro y la representación del caciquismo y del poder arbitrario. En la foto, Ayuntamiento de Guadalajara.

sido tan fácil: se es consciente en las villas de menos habitantes de que se sigue dependiendo de grandes planes generales, nacionales; regadíos o industrias, enseñanza o electrificación, se escapa de su poder de decisión. Está más allá. En la capital de la provincia, en la región, en Madrid...

TODO esto está haciendo que la campaña electoral se haya ido haciendo abstracta, y que lo que debía ser una proximidad del hombre con el poder inmediato se haya vuelto a bipolarizar en el sentido derechas-izquierdas. Como un apéndice de las elecciones generales y como un resultado de esas elecciones generales. El 3 de abril no va a ser un 14 de abril, pero tampoco Pedro Crespo va a salir de las urnas. Es más fácil que en algunos lugares se refrende el poder de los personajes corporativistas, de los surgidos y establecidos en el régimen anterior. Como, después de todo, ha ido pasando en las elecciones generales. Todo ello puede generar muchas abstenciones, sobre todo en las ciudades grandes; o puede generar también muchos votos de resignación, de desconfianza o de miedo.

PROBABLEMENTE, la forma más conveniente de aproximarse a los resultados de las elecciones generales sea la de una cierta reserva. Son las primeras, están cargadas de muchos factores psicológicos, de muchas reminiscencias históricas y de muchos factores coyunturales. Todo ello hay que tenerlo en cuenta. Puede ser que la izquierda quede, en general, bastante mejor parada que en las elecciones generales; puede que no. De todas formas, algunas cosas van a cambiar, y aunque el poder no pase automáticamente en todas las Alcaldías grandes a los hombres de la izquierda, van a figurar indudablemente como concejales, van a estar presentes en los planes, van a participar en las grandes discusiones, en los grandes debates. Todo esto va a ser enormemente útil. Y se va a reflejar, sobre todo, en las elecciones municipales siguientes. Este camino es también bastante lento. Pero tiene mucho que ofrecer en lo inmediato. ■

UN autor que estrena en el Centro Cultural de la plaza de Colón explica las ventajas que tiene el local para el público de Madrid que se siente "incómodo y temeroso de salir por las noches"; el Centro tiene su estacionamiento propio, "de modo que el que se desplace desde lejos para asistir a la obra llega, ve el espectáculo y se marcha sin haber asomado una oreja a la calle". Quizá haya espectadores que prefieran el riesgo de que les corten la oreja asomada a la calle para ver cualquier otra obra. Pero no es esa ironía, fácil y quizá injusta, la que inspira la frase. Es el miedo ante ese miedo, la inquietud ante esa inquietud. En la temporada pasada de ópera vi algunas damas que al entrar en el teatro se ponían collares y sortijas que llevaban ocultos, y que al terminar la función se los volvían a quitar para salir a la calle. Unas dobles de fatuidad y miedo interesantes desde un punto de vista psicológico. Luego esa sociedad digirió su propia pesadilla con una moda: lo elegante es no llevar joyas. Pero, eso sí, tenerlas. "Son fáciles de transportar", dicen.

Esa sociedad tiene miedo y hace una cosa con él: lo exagera. Lo magnifica, lo potencia, lo exhibe. Se acabaron los tiempos en que el caballero español enrojecía, se encolerizaba y hacía uno de sus famosos disparates si alguien sospechaba que tenía miedo. No lo tenía y, si lo tenía, lo ocultaba. El caballero español de hoy presume de su miedo. Lo ostenta. Quizá sea también uno de sus famosos disparates. El miedo a los demás es una acusación a los demás y, en términos generales, a este tiempo: no hay protección, no hay seguridad, no hay orden. Con Franco, las damas y los caballeros no tenían miedo (lo tenían todos los demás: las mujeres y los hombres).

Y así se valora mucho más el suceso del navajero de la esquina lóbrega o del muchacho que fuerza la cerradura de un coche que a la gran estafa de los quinientos millones de pesetas llevados de Barcelona a Suiza, o que cualquiera de los pequeños y grandes escándalos. La gran estafa atañe siempre a esos dineros que son como si no tuvieran dueño fijo: dineros abstractos, generales y vagos. En cambio, la navaja en el pecho se refiere concretamente al pecho de uno mismo, al dinero de uno mismo: todo el que lo lee siente hurgar la punta acerada en su garganta.

El miedo está destruyendo una amplia industria nocturna. Restaurantes, teatros, cines, bares, salas de todas clases. Se cuenta con cierto placer morboso: "Anoche estuve en restaurante y sólo había tres mesas, con la mía...". El interlocutor se estremece. Los dos piensan que no hay que salir de noche. Y se piensa, efectivamente, en esos locales que tienen su propio aparcamiento, en los que no hay que asomar una oreja a la calle.

Es una destrucción. Porque la verdad es que no es verdad. Que el índice de delincuencia nocturna no es tan alto en Madrid, o en Barcelona; que se está amplificando, que se está manipulando. Que es una injusticia que un sector de la sociedad está cometiendo. O un suicidio de una clase. ■